

El psicoanálisis y su transmisión. Homenaje a Pura Cancina

Moisés Azaretsky

Trabajo presentado en las Jornadas “El psicoanálisis y su transmisión. Homenaje a Pura Cancina” Rosario, Noviembre 2017.

Agradezco en primer lugar a los colegas y amigos de la Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud – Rosario por esta invitación. Participar en este homenaje es para mí un gran honor que lo asumo con mucho reconocimiento y gratitud hacia Pura Cancina. Considero, además, muy apropiado que este homenaje se enmarque en unas Jornadas sobre “El psicoanálisis y su transmisión”, por cuanto la transmisión del psicoanálisis ocupó en ella un lugar muy importante. Una de las maneras en que sostuvo esta transmisión, entre otras, es la escritura, y es desde la lectura de uno de sus textos que he pensado participar en este homenaje.

El texto al que me voy a referir es *“El puzzle de un padre. La fábrica del caso Sibylle”*, publicado en Setiembre de 2014. Es un texto que trabaja sobre otro texto: *“Un padre” (puzzle)* de Sibylle Lacan, publicado en París en 1994. El texto de Pura Cancina comienza con este párrafo: *“Es necesario recordar, siguiendo a Lacan, que... es indispensable que el analista sea al menos dos. El analista para tener efectos es el analista que a esos efectos, los teoriza”*¹. Esta conocida cita de la primera clase del Seminario R.S.I., no por conocida deja de interrogarnos. Hay en ella una articulación entre intensión y extensión que lleva a la autora a decir que *“Es una afirmación que reclama un poco de atención. El disloque de los tiempos y su circularidad debería lograr despertarnos. Me hizo pensar que forma parte de la praxis el tiempo en que el analista interroga su acto.”*²

Este “despertarnos” entiendo que no es ajeno a lo que hoy nos convoca: el psicoanálisis y su transmisión. Hay en esto una complejidad dada por esa distancia insoslayable entre el acto analítico y su transmisión, pero a la vez la transmisión, la *praxis* de la transmisión, quedaría condenada a la esterilidad si no logra dar cuenta del acto analítico.

En los tiempos que nos toca vivir, dar cuenta del acto analítico es renovar la apuesta a una clínica del sujeto, y esta no es sin “lo Real del síntoma”, Real definido por Lacan en “La Tercera” como *“lo que anda mal, lo que se pone en cruz ante la carreta, más aún, lo que no deja nunca de repetirse para estorbar ese andar”*³. Podemos aseverar que el

¹ Pura H. Cancina, “El puzzle de un padre”, Letra Viva, Buenos Aires, 2014, pag. 7

² *ibid*, pag. 7

³ J. Lacan, “La Tercera” en: “Intervenciones y textos 2”, Manantial, Bs. As., 1998, pag. 81

psicoanálisis surgió como una respuesta a ese Real; de eso tratan los primeros desarrollos de Freud, en su intento por dar un estatuto teórico y clínico a los síntomas histéricos. Es el mismo Real que interrogó siempre a Lacan, que fue causa de su debate con Freud, a partir del cual prosiguió y renovó los fundamentos del psicoanálisis. Y continúa siendo el mismo Real con el que cada uno de nosotros confronta en nuestro cotidiano quehacer, y que hoy nos tiene aquí reunidos. Es el Real que el discurso de la ciencia intenta –vanamente- forcluir, pero que además, en nuestro propio campo, nos encuentra hoy en el deber de señalar y reafirmar que es por la vía de la palabra en transferencia que será posible para un sujeto liberarse, en parte, de los goces que lo parasitan y encarar su vida con un poco más de libertad, quizás sólo con “un poco más”, pero vaya que eso no es poco. ¡Cuántas cosas deben modificarse en un sujeto para obtener la ganancia de ese “poco más” de libertad! Y también ocurre que, muchas veces, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, esto no es posible. Cuando me pregunto qué nos transmitieron nuestros maestros, Freud y Lacan en primer término, encuentro que, además de un vasto y riquísimo *corpus teórico*, nos transmitieron sus dificultades, cuando no sus fracasos, ante ese Real del síntoma que, como decía Lacan, no deja nunca de repetirse.

Y es desde ahí que me interesó trabajar este texto de Pura en el que, junto a otros analistas, nos van transmitiendo algo de ese Real del síntoma que aparece tan irreductible a la palabra. A partir del texto de Sibylle Lacan, un texto testimonial, construyen una “fábrica del caso”, haciendo de “Sibylle” un “caso” de la clínica. Tenemos acá un modo de transmisión del psicoanálisis, que no es el texto de un analista relatando “un caso” de su experiencia clínica, sino que Sibylle Lacan opera sobre su propio Real por medio de la escritura, y deviene “caso” en el texto que comento. Acá hay algo que merece nuestra atención. Sibylle, una mujer que padece una larga, dolorosa y misteriosa enfermedad, con dos análisis fracasados y un tercero en el que parece haberle ido mejor, se entrega a la escritura. Pura Cancina nos plantea la siguiente pregunta: *¿el que escribe, es el mismo antes de aquello que escribe, o ya no es el mismo luego que hubo escrito?* Su respuesta es: *ya no es el mismo*. Lo cual abre otra pregunta: *¿cómo operó la escritura para que ya no sea el mismo?*⁴ Una primera respuesta se nos esboza si coincidimos en que, en tanto *“el síntoma es siempre una respuesta a la cuestión del Otro, al fallido en el decir del Otro, este síntoma es sinthome cuando es una invención lo que constituye la respuesta que se muestra capaz de tener un efecto anudante en tanto que cuarto nudo”*.⁵ Esta invención se produce en tanto que el texto que Sibylle escribe es el trabajo de producción del dibujo de *un padre*, donde es importante que sea “un”, como es

⁴ Pura Cancina, *op.cit.*, pag. 18

⁵ *ibid*, pag. 9

importante que sea *en línea de puntos*, “trabajo realizado a partir de lo que ese padre ha aportado y a partir de la necesidad imperiosa de una hija enferma de hacer algo por sí misma. Trabajo de puesta en orden de los recuerdos para llegar a la solución del problema que nos concierne a todos: un padre”⁶

Estamos acá en el meollo de la cuestión; ya no se trata únicamente de la singularidad de Sibylle, sino de un problema que nos concierne a todos. ¿Cuál es este problema? Se trata del duelo de *El* padre, para arribar a *un* padre; pareciera que todos los hablantes debemos transitar este duelo. Lo que Pura Cancina nos plantea, justamente, es que este pasaje de *El* padre a *un* padre, mediado por el duelo, responde a hechos de estructura. ¿Qué duelo es este de *El* padre?, se pregunta, para proponer que se trataría de un “*duelo ligado a los efectos imaginarios y fantasmáticos del padre real, padre real que, tal como fue formulado por Lacan, es agente de la castración*”⁷. A lo que se arriba así, en este *en línea de puntos* de *un* padre, es a una de las formas del *padre real*, bajo la figura de *un* padre. En la propuesta de Pura, entonces, esta figura de *un* padre, es una actualización del Nombre del Padre, ligada a los mandatos de la palabra, a la palabra que nombra lo imposible de decir.

En el caso de Sibylle, este duelo se va tramitando en un trabajo de escritura que se ordena como un trabajo de análisis, y en gran medida valiéndose de lo tragicómico, como “esa escena en la que ella está internada por una operación grave y Lacan, consternado, se arrodilla al lado de la cama y Sibylle dice: *inmóvil, recogido, pareciera orar*. Pero Sibylle piensa, riendo interiormente: *prepara su seminario*”. Como lo destaca la autora, “lo tragicómico opera en el seno mismo de la religión del padre y lo hace caer como personaje eminente”⁸. Es así que Sibylle pudo hacer el pasaje de lo que apareció como padre perverso a la *père-versión*, o sea a la versión de padre. Pero es también este padre que, en una oportunidad, cuando le preguntan *¿Usted es el padre?*, responde: *Sí, ¡pero tan poco!*

Este es el trabajo de duelo que nos concierne a todos, sin el cual estaremos muy proclives a caer en posiciones parricidas. En efecto, este lugar de “El” padre, ¿acaso no estaría en el origen de la Religión de “El” Padre? Algo sabemos de los avatares de esta posición, Freud la tematizó en *Moisés y la religión monoteísta*: obediencia y sumisión seguida de parricidio. ¿Cuántos discípulos de Freud y Lacan siguieron ese camino? Sabemos también de la posición exactamente inversa, y por ende, igualmente parricida: no reconocerse hijo de ningún padre, “la-comunidad-de-los-hermanos-todos-iguales”, en la que nadie le debe nada a nadie y, en consecuencia, ninguna deuda simbólica puede ahí ser reconocida. En ambas posiciones no encontramos el trabajo de

⁶ *ibid*, pag. 12

⁷ *ibid*, pag. 29

⁸ *ibid*, pag. 25

duelo al que hacemos referencia. Estamos, así, en la pregunta que atraviesa de cabo a rabo toda la enseñanza de Freud y Lacan, la pregunta sobre qué es ser padre, “qué es ser esto que no se puede ser totalmente nunca, ya que encarnar la función paterna no puede hacerse más que de manera fracasada, fallida; dicho en otros términos, no se puede ser padre más que al modo de *poco padre*”.⁹

Finalmente, entiendo también que, sin este duelo, será muy difícil para un analista referirse a un maestro, a lo sumo aceptará nombrar a Freud, quizás a Lacan, en el lugar de “El” maestro, pero al modo de “El” padre, y dar así lugar a una religión. Pero el lugar del maestro, en psicoanálisis, no es para fundar ninguna religión. Tampoco es ningún título al que se accede, ningún grado, ni nada que alguien pueda por sí mismo designarse tal. En rigor, es difícil conceptualizarlo, pero cada uno sabe, desde lo singular de su transferencia, a quien nombra en ese lugar, un lugar que es producto de un reconocimiento, reconocimiento de que ahí ha operado una transmisión. En efecto, “el psicoanálisis y su transmisión”, no es sin un maestro, no es sin la transferencia a un maestro. Decimos entonces que un padre no es directamente equiparable a un maestro, son nociones que están lejos de sinonimizarse. Sin embargo, cuando ya no contamos con él, todos nos sentimos *un poco* huérfanos. Muchas gracias querida Pura Cancina.

⁹ *ibid*, pag. 27